



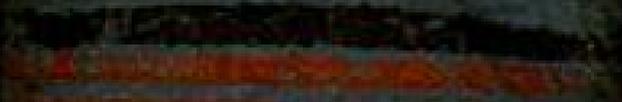
Sienkiewicz



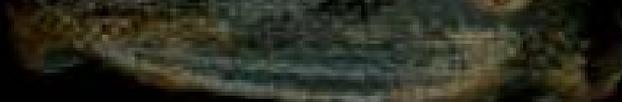
QUO VADIS...?



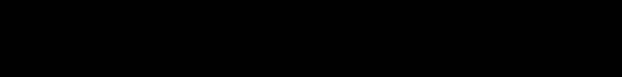
Edición Gili



Śienkiewicz



QUO VADIS

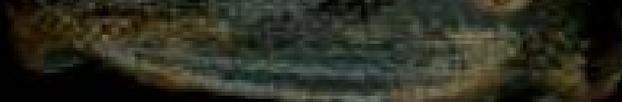


PG7158

.S4

Q68

C.1





1080022166

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

QUO VADIS...?



psina
rsitaria

ENRIQUE SIENKIEWICZ

QUO VADIS...?

EDICIÓN EXPURGADA

TRADUCIDA

POR

D. Bartolomé Amengual

Y

PRECEDIDA DE UNA CARTA-PRÓLOGO

DEL

Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo de Sevilla

CON LICENCIA DEL ORDINARIO



UNIVERSIDAD DE ALFONSINA
Dpto. de Filosofía y Letras

BARCELONA

JUAN GILI, LIBRERO

223, Cortes, 223

Establecimiento Tipo-Litográfico de José Cunill Sala, Cortes, 212 y Viladecols, 3, Barcelona

47022

—*—

P67158

.54

Q68

Por lo que á N^{os} toca, concedemos N^{uestro} permiso para publicarse la novela titulada QUO VADIS...? de Enrique Sienkiewicz, edición expurgada, traducida al castellano por D. Bartolomé Amengual, mediante que de Nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprimase esta licencia al principio ó final de la novela y entreguense dos ejemplares de la misma rubricados por el Censor, en la Curia de Nuestro Vicariato.

Barcelona 20 de Junio de 1901.



El Vicario Capítular,
Ricardo Cortés

Por mandado de Su Señoría,
Lic. Manuel Fernández,
SECRETARIO INT.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

†

CARTA-PRÓLOGO

Sr. D. Juan Gili

Muy Sr. mio y de mi consideración más distinguida: Confieso humildemente mi pecado. Con sobrada ligereza, casi sin pensar en lo que hacia, contraje con V. el compromiso de escribir cuatro renglones para que figurasen al frente de la traducción, que se dispone á publicar, de la novela QUO VADIS...?, de que tanto han hablado en estos últimos tiempos los hombres de letras.

¡Desdichado de mí! No reflexioné que un prólogo es trabajo arduo, y que requiere en el que lo formula, talento, saber y hasta cierto nombre en la república literaria, so pena de que los sabios se burlen de su autor, y condenen con los pronunciamientos más desfavorables su insólita audacia.

No la modestia, sino el conocimiento de mí mismo, me obligan á declarar que de todo lo dicho carezco, y que el libro ganaria y V. como editor también, si la labor, encomendada á mi humilde ingenio, se encargase á pluma más ejercitada que la de un pobre Obispo, solo habituado á redactar documentos pastorales, en los que habla el que los dicta con la íntima familiaridad y en el tono de un padre, que departe con sus hijos.

Por eso después de meditarlo, me he decidido á expresar lo que pienso y siento acerca de Quo vadis...? en una carta, que podrá V. insertar en el libro, si lo juzga oportuno, y será su humildísimo proemio, ó hacerla añicos, aventando sus trozos, si como es probable ó más bien seguro, no la encuentra merecedora de honor tan señalado.

No puede haber olvidado el público, por que los hechos son recientes, lo que acaeció cuando vió la luz la obra que nos ocupa. Saludáronla unos con férvido entusiasmo, no vacilando en afirmar que su autor de un golpe había llegado á la meta, y que se podia grabar en la primera y la última hoja de su escrito la leyenda, que diz puso Hércules en las columnas alzadas por su mano en Calpe: *Non plus ultra*: No hay más allá.

010799

Otros en cambio la censuraron acerbamente, la calificaron de inmoral, y aun corrió por periódicos, que merecieron siempre el nombre de sensatos, la nueva de que había sido incluida, después del minucioso examen de uso, en el Índice de los libros prohibidos.

No había tal. La Sagrada Congregación de Cardenales, á quien está confiado el delicado asunto del estudio y censura de los escritos que se dan á la estampa, procede con exquisita prudencia, guardando á los autores toda clase de miramientos y resistiéndose cuanto le es posible á condenar sus obras, sobre todo cuando se trata de escritores católicos.

Oportuno sin embargo me parece explicar esta notable diversidad de pareceres, que no puede menos de extrañar á quien algo versado se halle en materias literarias.

Vivimos en una edad, en un período histórico de verdadera confusión, en el que examinado todo, todo discutido, y todo tratado por gentes de criterios varios y hasta opuestos, han venido á ser asunto de cuestión las ideas más claras y universalmente admitidas, siendo tema de las más ardorosas disputas las nociones estéticas. De ahí el realismo, puesto hoy en moda, y llevado hasta la última exageración, pues aun lo más asqueroso y repugnante ha de pintarse en toda su desnudez, con vivísimo colorido y con lujo de detalles. ¡Y á esta ausencia de pudor se le llama arte, y á tan repulsivo espectáculo belleza!

Cuando una teoría se extiende, se propaga, corre el mundo del uno al otro confín, llega á abrirse paso aun en las inteligencias más elevadas, las cuales experimentan el contagio, al modo que sienten más ó menos la influencia de la peste los habitantes de las comarcas, donde ésta reina.

Creemos que esto le ha acontecido al Sr. Sienkiewicz; ha pagado tributo á su época; ha rendido homenaje á las teorías recibidas, y olvidándose ¡oh dolor! de lo que exigían la índole de su libro, esencialmente cristiano, y el decoro debido á sus lectores, ha ido en sus descripciones y pinturas demasiado lejos. No conocemos el original de *Quo vadis...*? ni sus traducciones literales; pero sabemos que el defecto achacado á la novela es la libertad y crudeza de muchos de sus cuadros, sobre los cuales, al decir de los que han fijado en ellos la atención, es menester cerrar los ojos.

Como quiera que sea, este yerro se enmendó en una versión italiana publicada en Roma el año pasado de 1900, y ha desaparecido por completo, sin que de él quede vestigio, en la que V. edita, la cual puede leerse con perfecta tranquilidad, lo mismo por el

hombre de mundo, que de nada se escandaliza, que por la tímida y pudorosa doncella.

Purgada del defecto referido, cuya importancia no disimulamos, nos parece la novela de un mérito relevante.

El campo, el sitio y hasta la hora en que la acción se desarrolla, han sido habilísimamente escogidos por el autor.

Interesante es sin duda la historia del pueblo, que Virgilio apellidó Rey, coloso cuyos brazos abarcaron el orbe conocido, y cuyas hazañas sorprenden por lo gigantescas; pero aquel mundo es otro mundo completamente distinto del en que vivimos hoy, y aunque los relatos de su vida y de sus hechos á veces nos asombran y á veces nos encantan, parecennos como narraciones mitológicas ó cuentos de lo que pasa ó puede pasar en otros astros, suponiéndolos habitados, y que poco nos importan, porque no existe lazo ó vínculo de unión entre los héroes de esas leyendas y nosotros los que hoy peregrinamos por los caminos de la vida.

Huyendo de este escollo, y para aumentar el interés de su novela, ha elegido el autor el momento en que en aquel mundo decrepito se introduce y penetra la savia cristiana, apareciendo juntas la Roma de los dioses, de los placeres, de las conquistas, de los gladiadores y de los Césares, en una palabra, la Roma de lo pasado, y la Roma de lo porvenir, con sus Pontífices y sus mártires, con sus matronas y sus vírgenes, y con todas las magníficas creaciones de la piedad y caridad católicas, que esmaltarán su corona de Reina del orbe cristiano.

Todavía ha tenido el novelista el buen acuerdo de fijarse en el imperio de Nerón, hora del más rudo encuentro de las dos Romas de que hemos hablado, y en que se ven á un lado el Emperador, verdadero misterio de la naturaleza, por muchos títulos digno del estudio del psicólogo y del historiador, sus augustales, cortejo de aduladores sin pudor que viven sólo para halagar sus caprichos, sus pretorianos, ciegos ejecutores de sus órdenes, y la turba de senadores, patricios y plebe que rivalizan en vicios y disoluciones; y á otro lado Pedro, el pescador de Galilea, Pablo y la cohorte de santos que les sigue y que les ayuda en su empresa, más ardua que la que llevó á cabo la Roma gentilica, haciéndose señora del universo, de conquistar el mundo, el mundo de la inteligencia y el corazón para ponerlo á los pies de Jesucristo.

El paralelo entre ambas sociedades, la que se vá y muere entre las convulsiones de horrible agonía, y la que viene llena de luz y viriles alientos, está perfectísimamente hecho.

Nerón aparece, retratado por el pincel de Sienkiewicz, como personificación de la naturaleza abandonada á sus instintos é impulsos y á las influencias de todo linaje que pueden inclinarla en uno ú otro sentido, sin freno y dueña completamente de sus movimientos; débil en instantes dados y esclava hasta de lo más pequeño y pueril, de una alabanza, de un aplauso, altiva á veces, irguiéndose por encima de cuanto la rodea, y exigiendo homenajes divinos; tímida un día hasta el punto de ver en todas partes negros fantasmas que la asustan, violenta otro y llegando á los más monstruosos excesos de crueldad; ayer encantada con las suaves melodías de la música ó los delicados cantos de la poesía, hoy gozándose en el incendio de Roma, sin conmoverse ante la ruina de la soberbia Metrópoli, ni al escuchar los gemidos de las víctimas, ni al ver hacinados tantos cadáveres negros como el carbón los unos, espantosamente mutilados los otros, y no pocos dando todavía claras señales de las angustias horribles de la última hora; y en suma al contemplar la desolación de las desolaciones.

Junto á este carácter, tan magistralmente y por tan nueva manera pintado, hallamos otros que no vacilamos en calificar de acabadísimos.

Petronio, el epicúreo egoísta que no piensa sino en sí mismo, porque todo á su propia persona lo refiere, y que sin embargo de no ser extraño á los nobles sentimientos del decoro y de la dignidad humanos y hasta á las inspiraciones del buen sentido, ni ajeno tampoco á los afectos generosos de la amistad y del amor á los propios, todo lo inmola frecuentemente al César, monstruo de quien en secreto se burla, y á quien altamente menosprecia, es una figura de primer orden.

El escultor que la ha esculpido merece la calificación de insigne artista.

Vinicio, tipo más común y menos original, es asimismo figura muy bien hecha, como lo es en otra esfera Quilón, el sofista, cobarde, mentiroso, pérfido, traidor, y la turba de palaciegos y no palaciegos, de gente alta y de gente baja que completan el cuadro.

Dan á éste vida y lo realzan las descripciones de cosas y lugares, que forman lo que pudiéramos llamar el fondo, descripciones que revelan en el autor dos cualidades muy dignas de nota, á saber: una rica y fecunda imaginación, llena de frescura y lozanía, y un conocimiento muy minucioso de los usos y costumbres de la Metrópoli del paganismo. En punto á descripciones poco hemos leído, que se asemeje á la del incendio de Roma.

La sociedad que aspira á sustituir á la que sucumbe caduca, la que hemos apellidado Roma de lo porvenir, está aun en los albores de la vida; pero ha hallado el novelista en su paleta tintas bastante expresivas para revelar al lector lo que encierra en su seno el germen, el grano de mostaza sembrado por Pedro y Pablo, y que crece y se desarrolla con fuerza verdaderamente prodigiosa.

La visita de Vinicio á las catacumbas en la memorable noche en que Pedro comparece en ellas, el discurso del Pescador de Galilea á los fieles allí congregados, los diálogos entre Vinicio y Petronio, cuando aquél explica á su deudo lo que ha oído á Pablo de Tarso, como él le llama, son hermosas apologías del cristianismo, tan oportunas entonces como en la hora presente, en que el gentilismo resucita con sus ídolos, con sus disoluciones y con su escepticismo insensato.

El grupo de cristianos, que aparece en la novela, no es muy numeroso; pero está dibujado de mano maestra.

Ligia, la verdadera heroína de la leyenda, cautiva y encanta al lector. Su candor, su firme virtud, que la hace huir animosa todo lo que puede ponerla en peligro; su fidelidad jamás desmentida á Dios, su gratitud á la familia de Aulo, á quien procura evitar aun á costa de sí propia el más leve mal, su nobleza de ánimo, su amor tan puro y á la vez tan constante, tan ardiente y tan vivo á Vinicio, gáñanle desde luego nuestras simpatías. No es figura tan ideal como la Inés del Cardenal Wiseman, la cual parece más ángel que mujer, viviendo antes en el cielo que en la tierra y casi en un perpetuo éxtasis. Ligia es más terrena, más humana, más accesible á los afectos propios de los hijos de la tierra; pero no es menos bella, y su carácter está tan bien descrito que con este solo mérito la novela *Quo vadis...*? sería digna de la atención y de los encomios de los hombres de letras.

Envueltos en sombras y como retratados de una pincelada, distingúense otros personajes, que si bien colocados en segundo término, descubren por su situación y por su efecto el talento del pintor; á ese número pertenecen Pomponia Grecina, la segunda madre de Ligia, los habitantes de la casa de Lino, y muy en particular el gigante Oso, tan forzudo como un ciclope y á la vez tan leal como lo es el perro para con el amo que lo crió, tan bravo como el león y tan manso como el cordero, reuniéndose en su persona la rudeza del hijo del Norte y la franca simplicidad del hijo de la Iglesia, que todavía no ha pasado de la infancia.

Todos los personajes indicados y los demás que en escena se

presentan en la novela *Quo vadis...*? se mueven, y esta es otra condición que la avalora, con naturalidad suma, desarrollándose la acción sin violencia, y sucediéndose los acaecimientos hasta llegar al desenlace como por sí mismos, y sin que se vea la mano del que los conduce, y artificioosamente los vá eslabonando.

Y todos se enderezan á un fin, que cede en honra de nuestra católica fe. El coloso del paganismo con su inmenso poder material, con sus añejas tradiciones, con las glorias de sus armas, de sus ciencias, de sus letras y de sus artes, con sus hombres, gigantes del pensamiento y con toda su grandeza, cayendo vencido y derrotado por la fuerza superior del Cristianismo, convertido en dueño y señor del campo de lo porvenir, he aquí la conclusión del libro.

Con lo que está hecho su panegirico.

Y con lo que á la vez, señor mío, pongo yo punto final á esta epístola, pues aparte de ser sobrado larga para lo que vale, mi salud, todavía no fuerte después de la grave enfermedad que he padecido, y que V. no ignora, no me consiente extenderme más.

Repito á V. que haga del presente papel lo que quiera, en la seguridad de que su resolución será aprobada por este su humilde servidor y capellán

Q. B. S. M.

† MARCELO, *Arzobispo de Sevilla.*

4 de Julio de 1901.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Para el expurgo de *QUO VADIS...*? se ha tomado como base, en esta traducción, otra traducción italiana, hecha, según parece, por tres sacerdotes, y autorizada *a priori* por el autor, según carta que la precede.

El expurgo por razones poderosísimas de carácter moral, sobre contribuir, y no poco, á la difusión de la obra, debería considerarse perfectamente lícito, aun cuando no viniera autorizado por el mismo Sienkiewicz, porque en nada altera el espíritu, la tendencia, ni siquiera la acción de tan popular novela, antes, por el contrario, acaso favorezca el primero y la segunda, como el mismo autor declara implícitamente en la mencionada carta; aparte de que, la mayoría de los traductores, así nacionales como extranjeros, se han tomado con este libro mayores, y aún á veces increíbles libertades, por motivos y con fines mucho menos elevados.

Por lo demás, salvo la supresión de los pasajes no indispensables en que el autor pinta con colores demasiado vivos la sensualidad pagana, y que, en junto, no sumarán más de ocho ó diez páginas, y de ligerísimas modificaciones impuestas por exigencias de la misma versión y del estilo, se ha conservado fiel é íntegramente el texto de Sienkiewicz, lo que no ocurre sino en contadas traducciones.

Por otra parte, para no incurrir en errores de interpretación ni ortográficos han sido estudiados los hechos históricos que en la novela